

—Ya escucho— dijo Pío Cid, con curiosidad. Gandaria sacó un papel, y después de estirar el cuello y de mirarse los zapatos de charol, leyó:

## CANTO DE PRIMAVERA

*¡Oh humano corazón! ¿Qué es tu ventura?  
Un momento fugaz, irreparable,  
Un enigma que surge indescifrable,  
Un amor que no más que un beso dura.*

Brilla el sol y en los yertos corazones  
Renueva las pasiones.  
Ya se visten los campos de verdura  
Y el alma de ilusiones.

*¡Oh humano corazón! ¿Qué es tu ventura?*

Los pájaros cantando en la enramada,  
Despiertan á mi amada  
De un deliquio dulcísimo, inefable,  
Arrullo de alborada:  
*Un momento fugaz, irreparable.*

El mundo de su sueño ha despertado,  
Y ya en su esquiife alado  
Vuela el amante, inquieto, infatigable,  
Tras un amor soñado,  
*Un enigma que surge indescifrable.*

En la noche callada navegamos,  
Con ansia nos besamos;  
De lo inmenso nos llena la amargura,  
Y en el mar sepultamos  
*Un amor que no más que un beso dura.*

—¿Recuerda usted—le dijo Pío Cid, después

de terminada la lectura—lo que le dije cuando leí *El beso eterno?* Le dije á usted que rasgara aquellos versos, que eran demasiado sensuales, y que con el tiempo la idea reaparecería más depurada. Ahí la tiene usted. Los amantes que se iban al espacio á formar una estrella, se arrojan ahora al mar para transformarse en un cetáceo.

—Me ha reventado usted—dijo Gandaria un tanto corrido.

—Mi idea es sólo hacerle notar el espíritu económico que rige las creaciones de los poetas, como las del último zapatero remendón. Así somos, y no hay porqué afligirse. Yo le aseguro que esta poesía de hoy, aunque tiene poco carácter español, es preferible á la primera. Pero le diré asimismo que lo que usted ha compuesto, no es una poesía, sino una glosa, y que si esto en un aprieto como el presente puede pasar, no es bueno como sistema, pues por ese camino sería usted un poeta de salón. Una poesía debe de ser parte de nuestra substancia, no de una agrupación convencional de versos alrededor de una idea convencional también. Y lo que yo saco en conclusión es que á usted no le interesa la joven austro-húngara, y que por no interesarle ha salido usted del paso con esas rebuscadas estrofas.

—Ya ve usted—asintió Gandaria.—Persona conocida de ayer, como quien dice, ¿qué interés puede despertar? Lo que yo deseo es no

quedar en blanco. ¿Cree usted que no me pondré en ridículo con esta glosa?

—Para el uso á que usted la destina viene como anillo al dedo.

—Pues entonces no hay más que pedir—concluyó Gandaria guardando los versos.—Y ahora le voy á preguntar algo que me ha metido en confusión..... Me ha dicho Pablo que ha retirado usted su candidatura, siendo así que yo había leído en la prensa su nombre entre los diputados electos. ¿Cómo se explica esta contradicción?

—Ha habido á última hora actas cambiadas que han alterado el resultado del escrutinio. Una zahurda, amigo Gandaria, de la que yo estoy menos enterado que usted. Lo cierto es que le dije al Gobernador que no quería ser diputado con acta sucia, y allí la dejé para que otro la recoja.

—¡Es usted terrible, amigo mío, es usted terrible!—exclamó Gandaria.—Yo no sé qué tomará usted en serio en la vida; usted se divierte hasta con su sombra. Si todos los hombres fueran como usted, el mundo sería un espectáculo graciosísimo..... Pero eso que me dice, ¿es cierto?

—Y tan cierto. Ya lo verá usted. De esto he de ir á hablar con su padre en cuanto tenga un momento libre.

—Cuando usted quiera; ya sabe que en casa se le estima; y mi deseo—añadió levantándose y cogiendo el sombrero para retirarse—es

que nos veamos con frecuencia y que hablemos de poesía y de arte, dejándonos de poliquerías inútiles.

Llamaron á la puerta, y Gandaria mismo abrió para salir; pero se hizo algunos pasos atrás cuando vió aparecer la figura aparatosa de Mercedes, la cual venía puesta de tiros largos y con pañuelo á la cabeza al modo chulesco.

—¿Está D. Pío Cid?—preguntó con su voz suave, espiritual, que engañaba más aún que su rostro.

—Pase usted, Mercedes,—contestó Pío Cid asomándose á la puerta de la sala.

Gandaria la vió pasar boquiabierto, y salió cerrando la puerta y diciendo para sus adentros:

—Este sí que es un enigma de verdad, no el enigma estúpido de mis versos. ¿Qué será? ¿Qué no será? Ya lo hemos de saber. ¡Valiente hembra! Casi estoy por decir que es mejor que Martina..... Es decir, eso no, Martina es Dios, y Mercedes es su Profeta. Pero á este hombre..... habría que nombrarle investigador de la belleza oculta. ¿De dónde saca este hombre estos monumentos?

Martina vió á Mercedes pasar y entrar en la sala, y salió del comedor como una flecha.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó con furia.

—Es la joven huérfana de quien te he hablado—contestó Pío Cid, cerrando la puerta de la sala y dejando dentro á Mercedes.

—¡Esta casa no es ningún asilo!—gritó Martina recio para que la oyesen.—Esa es una mujer tirada: no hay más que verla.

—No grites—dijo Pío Cid en voz baja,—ni te dejes llevar de las apariencias. Esa mujer viene como viene, porque la habrán vestido así, y no iba á desnudarse en medio de la calle. Habla con ella y te convencerás de que es una pobre muchacha.

—¡Ah! ¡Maldita sea la mala hora....!—exclamó Martina abofeteándose.—¿Porqué habré yo conocido á este hombre, porqué?

—No te irrites sin motivo, mujer.

—No, si no me irrita; lo que voy á hacer es echar á esa individua á la calle.

—Si la echas—dijo Pío Cid muy sereno,—me iré yo también.

—¿Te importa esa mujer más que yo?

—Me importa mi dignidad. Basta que yo haya traído á esa mujer á esta casa para que comprendas que no hay mala intención; si la hubiera, no la traería aquí, la llevaría á otra parte. Habla con ella, te repito, y verás que es una infeliz.

Pío Cid se fué al comedor, y Martina entró en la sala y se quedó mirando frente á frente á aquella moza, cuya insolente hermosura, vista al refilón, le había encendido la sangre en las venas.

—¿Es usted la joven de quien me habló mi marido?—le preguntó no sabiendo qué decir.

—Sí, señora—constestó Mercedes, que estaba de pie en medio de la habitación.—Yo temía servir de molestia y, si es así, no quiero que nadie sufra por culpa mía; me iré adonde Dios me encamine.

—No, yo me sorprendí al verla porque me figuraba..... Como creía que era una pobre huérfana, vamos, me extrañó su aparato.

—Ya ve usted, estaba como de visita, y así me salí—dijo Mercedes quitándose el pañuelo de la cabeza.

—¿Según parece la han traído á usted engañada? ¿Cómo ha sido eso?

—Cosas que hacemos las mujeres por nuestra poca cabeza. ¡Yo estaba tan bien en Sevilla..... Mi Sevilla de mi alma!—exclamó infantilmente Mercedes, poniendo los ojos en blanco.

—¿Es usted de Sevilla? De allí es mi mamá. Dicen que es muy bonita.

—Vaya si lo es..... Mil veces mejor que esto.

—¿No le gusta á usted Madrid?

—Déjeme usted de Madrid. Si aquí no hay nada. Ya ve usted, ni siquiera hay mar, ni un río que vaya por mitad de la población.

—¡Si viera usted Cuba, que es una isla, con mar por todas partes!

—En Sevilla da gusto de meterse en una barca y de irse á pasear por el Guadalquivir.

—¿Y usted quiere volver á Sevilla? ¿Tiene usted allí familia?

—No tengo á nadie más que á un señor viejo, que era como mi tutor; pero ahora no querrá mirarme á la cara después del disparate que he hecho. He perdido mi bienestar. Tenía un piso tan hermoso, con una sala como ésta, con cuadros y también mi piano.....

—¿Toca usted el piano?

—Casi nada; empecé cuando era ya muy grande..... Toco la malagueña, las sevillanas, algunos tangos y valsos..... Decía mi profesor que tengo buen oído, pero que es más para el canto.

—Pues tiene usted que tocar algo para que yo la oiga. ¿No sabe usted tocar las guajiras?

Diciendo esto se había acercado Martina al piano y comenzó de pie á teclear. Pío Cid que la oyó se levantó en seguida y dijo á D.<sup>a</sup> Justa, Paca y Valentina, que estaban conferenciando sobre el resultado probable de aquel embrollo:

—Yo me voy, no tardo en volver.

—¿Me deja usted á mí ese lío?—preguntó D.<sup>a</sup> Justa asustada.

—La cosa debe marchar bien cuando Martina toca el piano. Si pregunta por mí, dígame que he ido al teatro á buscar las localidades.

—Pero ¿quién piensa en teatros con estas escenas que hay en casa?

—Yo le he ofrecido á Paca llevarla al teatro de la Zarzuela, donde conoció á su marido, y hoy es la función de despedida. Conque.....

—Por mí no se preocupe usted—dijo Paca.

—Iremos todos—aseguró Pío Cid,—y este será el mejor medio para que se pase la noche pronto.

Las rabietas de Martina tenían dos soluciones: la música ó las lágrimas. Cuando no se calmaba llorando, se desahogaba cantando guajiras, de las que tenía un riquísimo repertorio, recogidas de boca de los mismos guajiros; algunas eran sátiras intencionadas, y á veces mordaces y cruentas, contra los peninsulares, y de éstas se servía para maltratar indirectamente á su marido, el cual, lejos de incomodarse, tomaba el asunto por el lado musical y gracioso. Así, pues, no se equivocó Pío Cid al pensar que el tecleo era indicio de que el encuentro formidable entre Martina y Mercedes se resolvía en lamentaciones armónicas.

—¡Oh bestezuela admirable é incomprensible, llamada mujer!—murmuraba, bajando las escaleras;—si no existieras, sería necesario emborracharse tres veces al día para sobrellevar la pesadez y sosera de la vida. Tú eres el único ser digno de amor noble y sincero, porque eres lo incoherente, lo que se escapa de la lógica, siendo lo más lógico de la creación.

En esto oyó la voz de Martina que cantaba; se detuvo y, apoyándose en la perinola de la baranda, escuchó un momento, sin comprender lo que decían las palabras confusas que á sus oídos llegaban; sólo, al final, oyó distinta

mente dos versos pronunciados con más brío:

..... tienen las patas muy largas  
y también son cabezones.....

Y, después de un breve intervalo, la voz,  
ahora más lánguida y cadenciosa, lenta como  
si fuera muriéndose poco á poco, repitió:

Tienen las patas muy largaaas  
y también son cabezoneees.....



## TRABAJO SEXTO

Pío Cid asiste á una enferma de frivolidad.

—¿Conque usted es amigo tan antiguo de Miralles?—preguntó distraídamente la Duquesa después que hubo leído la carta del Gobernador.

—Sí, señora—contestó Pío Cid,—le conocí hace ya muchos años en Inglaterra.

—¿Ha vivido usted en Inglaterra?

—Bastante tiempo.

—¿Qué puntos son los que conoce usted?

—Casi todas las ciudades importantes; pero de asiento he estado sólo en Liverpool y en Londres.

—Hermoso país aquél, ¿no es cierto?

—Los niños ingleses son bonitos; pero cuando crecen y se hacen hombres ó mujeres.....

—No me refería á eso. Hablaba del país en general.

—El país es triste y demasiado prosaico. Es más agradable vivir bajo este cielo de España.....

—Eso es verdad; pero el cielo es cosa de Dios y no de los hombres. A lo que yo me re-